

## CAPÍTULO XVI

ITALIA.—TIRANOS.—VISPERAS SICILIANAS.—DESCENSO DE ENRIQUE VII.  
—ROBERTO DE NÁPOLES.

Los países de la antigua liga lombard<sup>2</sup> permanecieron setenta años sin tener emperadores; y apenas se acordaban estos monarcas del *jardín del Imperio* (1). Haciendo los papas á Rodolfo de Habsburgo que abandonase toda pretension al patrimonio de San Pedro, completaron la obra de la independencia italiana. El mismo Rodolfo cooperó á ella vendiendo por dinero los privilegios reales á todas las ciudades que tuvieron con que pagarlos. Era el momento para ellos de consolidar sus instituciones; pero en lugar de aprovecharse de circunstancias tan favorables, los italianos se abandonaron á sus envidiosas rivalidades, y prepararon, debilitándose unos á otros, su servilismo comun á la dominacion extranjera.

Los güelfos y gibelinos, nacidos de la lucha contra el Imperio y la Santa Sede, lejos de concluir con ella, se hicieron más encarnizados. Estos nombres no designaban ya, sin embargo, dos partidos diferentes, la fuerza y las ideas, la independencia

(1) «Desde la muerte de Federico II, acaecida en el año 1250, hasta la invasion de Carlos VIII en el 1494, media una época tan larga y confusa, que no se puede sujetar á una division natural; época que podemos llamar la edad de gloria resplandeciente, la edad de la poesia, de las letras, de las artes y del continuo progreso, y en que la Italia adquirió una preponderancia intelectual sobre los pueblos transalpinos, que por cierto no demostró después de la caída del imperio romano; pero su historia política presenta un cúmulo de hechos minuciosos tan oscuros y de tan poca importancia, que no merecen se fije la atencion en ellos, y tan intrincados y contrarios á un buen ordenamiento, que no sirven sino para causar confusion en la memoria.» HALLAM, *Europa en la Edad Media*, parte 2.<sup>a</sup> Sin estar conformes con esta opinion, la presentamos como disculpa por si no nos es posible seguir el orden y encadenamiento de hechos que nos habíamos propuesto.

y la unidad, la democracia y la aristocracia, sino una herencia de antiguos ódios, cuyos motivos ignoraban. Esto es tan cierto, que cuando les aconteció á los pontífices olvidar que eran los padres de todos, se colocaron á veces del lado de los gibelinos, y que éstos se volvieron tambien contra los emperadores: cambiando de esta manera de partido unos y otros, invocaron alternativamente la autoridad imperial, segun sus conveniencias á las ambiciones particulares y momentáneas. Los tiranuelos se inclinaban al partido gibelino; pero ¡desgraciado del emperador que contaba con su apoyo! Si iba de Alemania, le prodigaban caricias en recepciones, cuya pompa mortificaba su obligada parsimonia, le presentaban las llaves de las ciudades, le pagaban ciertos derechos reales; pero no le dejaban ningun poder, no le permitian siquiera detenerse mucho tiempo en su país. Apenas habia marchado, cuando abjuraban de toda dependencia, y urdian ligas contra él.

Cualquiera que con nosotros haya observado como los Romanos, acérrimos republicanos, se sometieron á la destemplada tiranía de los emperadores, no se admirará de que los inquietos italianos sufrieran nuevamente el despótico dominio de los tiranos. Aquella libertad carecia de justicia y de seguridad. Cayendo bajo el mando de un señor, sufrían las grandes pérdidas, consecuencia de sus arbitrariedades; pero la plebe se hallaba más contenta con tener que obedecer á uno solo que á muchos, y procuraba por sí, permaneciendo sometida á uno solo y distinto señor que no tenia interés ni pasion en ofenderla, mientras que en el gobierno de los concejos el individuo se hallaba expuesto á las iras de todo un partido, y cualquier émulo ó cualquier adversario podía dañarle.

Ferrara fué la primera que se sometió á un príncipe (1208), que fué Azzo de Este; pero poco á

poco todas llegaron á este cambio político casi sin saberlo, del mismo modo que habian conseguido la libertad. La paz no venia, sin embargo, con la tiranía; no apoyándose en efecto en una constitucion estable, no estando consolidada por la opinion y por el tiempo, no siguiendo un orden regular de sucesion, esta nueva autoridad abria un ancho campo á las ambiciones de los pretendientes, que podian exhibir el mismo título, el de la audacia, y la misma sancion, la del éxito. Un nuevo señor derribaba al antiguo, y éste refugiándose en alguna ciudad amiga, cerca del papa, cerca del emperador, conspiraba en secreto, se aliaba con los de su faccion, asalariaba partidas, producía discordias civiles que no podian apaciguarse con razonamientos, sino por la sola fuerza de las armas.

En el interior, los tiranos, aunque elegidos popularmente, trataban por desconfianza contra las antiguas libertades, de debilitar á los cuerpos que representaban el país, en lugar de hacerse de ellos una defensa y un apoyo: pero los señores, aunque no tenian ninguna ley suficiente para templar su poder, poseian muchos medios de comprar, de buscar, de espantar á la muchedumbre (2); permanecian armados en medio de una poblacion pacífica; daban muerte ó desterraban, bajo pretexto de conjuracion á todo el que se les resistia. Siendo impotentes los mejores ciudadanos para reformar los abusos y las violencias, se abstenerian de tomar parte en las asambleas, y se refugiaban en una tranquilidad forzada. Hasta la misma Iglesia, que en un principio habia dirigido sus oraciones á Dios para que salvara de tiranos el suelo italiano, le ofrecía á la sazón las súplicas en favor de ellos, y cubria con su connivencia los desafueros contra los cuales sus antiguos pontífices castigaban con la escomunion sin miramiento (3).

Desapareció posteriormente todo viso de eleccion popular cuando los tiranos obtuvieron el título de vicarios imperiales, que compraban á los emperadores, muy satisfechos de vender por dinero, una autoridad que no podian ejercer personalmente. Entonces el tirano se despojó de toda contemplacion, respecto de los privilegios y de las costumbres; no quedó á los concejos más que el derecho de nom-

(2) Laurin se hace jefe de su patria, y convierte en privados los derechos antes comunes á todos; destierra á unos, y á otros corta la cabeza. Empieza como zorra y luego á fuerza abierta aparece leon, cuando ha seducido á la muchedumbre con licencias, con regalos y con ofertas.

(3) Muratori (*Antiq. ital. LIV*) leia en algunos misales del siglo X misas contra los tiranos, en que se invocaba al padre de los huérfanos, al juez de las viudas, conjurándole para que viera las lágrimas de la Iglesia, y la libertara de tiranos renovando los antiguos prodigios. Al revés en tiempo del duque de Milan, Felipe Maria Visconti, se oraba en la misa por Inés de Maine, su concubina, y por Blanca Maria, su hija.

brar para algunas magistraturas inferiores, de ocuparse en la veeduría y administracion de sus rentas.

Así como la servidumbre era el único remedio que se habia encontrado contra la licencia, no quedaba otro recurso contra la tiranía que las conspiraciones. Pero aquellos príncipes de Estados pequeños con ambicion grande, conociendo que todo poder era precario, y acosados de enemigos tanto dentro como fuera, con objeto de sostenerse prescindian de toda moderacion y de toda generosidad; recurrían sin escrúpulo á la perfidia, á las traiciones, y á aquella política vergonzosa de que Italia soportó á la vez la pena y la deshonra. La historia de cada ciudad es un tejido de cotidianos vaivenes de fortuna, asesinatos, conjuraciones, suplicios, envenenamientos; desconocida la fe pública en la paz y en la guerra, y en cambio de algunos príncipes de mérito, una serie de hombres perversos, funestos á las poblaciones que habian esperado encontrar en ellos salvadores; guerras producidas por una ambicion desenfrenada, alimentadas por el oro y por la sangre de la nacion, que no habia sido consultada y sobre la cual recaian todos los males. La elevacion ó la caída de una faccion ó de un jefe popular forman la historia aparente de aquellos tiempos; á los intereses generales y grandiosos se sustituyen hechos parciales, vicisitudes de familia, emulaciones domesticas, sin que aparezca un papa, ni un emperador, ni un señor, jefe de un pequeño Estado, animado de pensamientos magnánimos, dignos de fijar la atencion ó de escitar interés. Vióse surgir unicamente en uno ú otro partido, una serie de hombres ocupados en dominar ó en infundir terror: tales fueron Ezzelino de Romano: el rey Roberto, Castruccio, Cane de la Escala, Bertran de Poggeto, Azzo Visconti, Martin de la Escala, Juan Galeazzo, Ladislao, y Francisco Esforcia (4).

(4) Che le città d'Italia tutte piene  
Son di tiranni, ed un Marcel diventa.  
Ogni villan che parteggiando viene.

(Dante, *Purg.*, VI).

«Que están llenas de tiranos todas las ciudades de Italia, y llega á ser un Marcelo cualquier villano que se forma bandera.»

Milan fué dominada por los Torriani, los Visconti, los Esforcia; Lodi por los Vestarini, los Fisiraga, los Vignati; Verona por Escaligeri; Pádua por los Carraza; Ferrara por los Salinguerra y los Estensi; Pisa y Luca por Castrucci ó Castruccio, Castracane; Rávena por Pablo Traversari y los Polenta; Cremona por los Pallavicino, los Cavalcabo, los Correggio y Cabrino Fondulo; Florencia por los Pitti y los Médicis; Mántua, por Passerino Bonacossi y los Gonzaga; Camerino por los Varanos; Fermo por los Migliorati, los Magliani, los Esforcias; Forli, por los Ordellafi; Bolonia por los Bentivoglio y los Pepoli; Cesena por los Malatestas; Imola por los Aliddosi; Urbino por los Montefeltro; Foligno por los Trinci; Parma por los Rossi y los Correggeschi; Pavia por los Beccaria y los Langosco; Crema por Venturino Benzene; Cortona por los Casales, Faenza por los Manfredi; Novara por los Tornielli; Brescia por los Maggi y los Brussati; Alejandria por Facino Cane; Bérgamo por

**Cárlos de Anjú.**—El partido güelfo creyó asegurado el triunfo á la caída de la casa de Suabia, y al encumbramiento de Cárlos de Anjú á rey de las Dos Sicilias. Poco cambió el nuevo soberano la constitucion del reino, que dejó sometido á las mismas cargas que habian hecho imponer las necesidades de la guerra, y sin aflojar el freno á que se habia doblegado bajo la robusta mano de Federico II. Hermoseó á Nápoles de edificios, favoreció á la universidad, se granjeó el afecto de algunos ciudadanos de importancia haciéndolos caballeros, y para defenderla, en caso de necesidad, se rodeó de nobles franceses, entre los cuales habia distribuido los feudos arrancados á los parciales de los suabios. Pero la antigua nobleza miró de reojo á estos advenedizos: las desgracias de la dinastía caída habian convertido en compasion el odio: temblaba el pueblo ante los suplicios de los que no habian sido bastante viles para renegar de sus antiguos bienhechores. El clero que, viendo en Cárlos una hechura suya, esperaba recuperar sus bienes invadidos por los suabios, se halló defraudado en sus esperanzas. A pesar del juramento que habia hecho á la Santa Sede de abolir las percepciones arbitrarias introducidas por los Federicos, y de restablecer las inmunidades eclesiásticas, como en tiempo de Guillermo el Bueno, Cárlos, para satisfacer su ambicion y su avaricia, como tambien para complimentar sus promesas respecto de su ejército, habia recurrido á todas las sutilezas fiscales, imponiendo contribuciones sobre los más mínimos objetos, alterando las monedas, tasando las tierras, distribuyendo las aguas, y haciendo encarcelar por la mas ligera morosidad como por la reclamacion más sencilla. Además, los suyos se portaban con respecto á una nacion acostumbrada hacia mucho tiempo á las franquicias normandas y á los cortes procedimientos de los suabios, con aquel atolondramiento insolente que siempre impidió á los franceses hacerse amar en Italia, excepto en su ausencia.

**Juan de Prócida.**—Tanto más descontenta estaba la Sicilia cuanto mas la habian favorecido los príncipes suabios. Despojada después de sus privilegios, dependiente de Nápoles, que tenia al menos en remuneracion la ventaja de haberse convertido en la capital del reino; abandonada á magistrados violentos ó avaros, no aguardaba más que una ocasion para que estallara su cólera. Refiere en este punto la leyenda que Juan de Prócida, noble salernitano privado de sus bienes, como

los Suardi; Como por los Ruscas; San Domino por los Pallavicino; Treviso, Felro y Belluno por los Camino; Gubbio por los Gabrielli; Cingoli por los Cimas; Viterbo por los Vico; Orvieto por los Monaldeschi; Fabriano por los Chiavellii; Matelica por los Ottoni; Badicofani por los Salimbeni; Jesi por los Simonetta; Macerata por los Mulucci; Urbana por los Brancaleones; Sassoferrato por los Atti; Aquila por los Montorios, etc., etc.

hechura de los suabios, animado de las pasiones de su patria, asociándose á sus dolores y anatemas, fué por toda Europa en busca de enemigos á los Angevinos: se dice tambien que Conradino arrojó desde lo alto del cadalso su guante en señal de investidura, y que Prócida le llevó á Pedro de Aragon, que podia por Constanza, hija de Manfredo y prima del jóven príncipe, pretender la sucesion. Nada tiene de cierto el hecho; pero en lo que no cabe duda, es en el temor que Cárlos inspiraba entre los soberanos, y sus inteligencias en debilitar su amenazador poder.

Las ciudades del Piamonte, que se habian puestas bajo su señorío, sacudieron la obediencia con ayuda de Guillermo, marqués de Monferrato, y de los genoveses, que derrotaron varias veces en el Mediterráneo la flota provenzal. Gregorio X, amigo de la paz, y no atreviéndose á combatir al antiguo campeón de la Iglesia, se habia limitado á condolencias paternales, de que no se habia hecho caso. Los tres cortísimos pontificados que se sucedieron después de él, no intentaron nada de nuevo; pero Nicolás III, de la casa de Orsini, hombre orgulloso y violento, que deseaba la libertad de la Italia, con miras de engrandecimiento por su familia, habia tomado odio al altanero provenzal, desde que habiendo querido casar á uno de sus parientes con una princesa de Anjú, se le habia dado esta respuesta: «¿Tendrá la pretension porque lleva el calzado rojo, de mezclar la sangre de los Orsini con la de Francia?» Nicolás, que habia conseguido la amistad del emperador de Alemania, cuya condescendencia le habia asegurado la posesion del patrimonio de San Pedro, apoyado además por su familia que él elevó, hubiera podido ponerse á la cabeza de la Italia y derrocar á Cárlos, si no le hubiera faltado la vida. Miguel Paleólogo, que habia usurpado y cubierto de sangre el imperio de Oriente, observaba con inquietud los preparativos hechos contra él por Cárlos, quien habia obtenido de Balduino, desterrado, la cesion de sus derechos, y para hacerlos valer oprimia cada vez más á las Dos Sicilias. Especialmente Pedro III de Aragon, estimulado por su esposa, intrigaba activamente en secreto: habiendo tomado las debidas precauciones con alianzas y dinero para llevar á buen término la guerra, fingia apretarse á uno de aquellos desembarcos que de tiempo en tiempo hacian los españoles contra el Africa. Cuando habia quien pretendiera penetrar el verdadero objeto de su expedicion, respondia: «Soy tan celoso de mi secreto, que si lo supiera mi mano derecha, me la cortaria con la izquierda.»

Quizá es cierto que empleó en calidad de agente suyo al desterrado Prócida, y que éste, enemigo de los Angevinos, anudó inteligencias con los barones sicilianos, no para recuperar la libertad del país, sino para darle un nuevo soberano. El pueblo fijaba más bien sus miradas en el pontífice, como al poder que, dándoles á Cárlos por soberano, habia impuesto á este príncipe obligaciones. Pero ha-

biendo sucedido Martin IV, francés y hechura de Cárlos, á Nicolás III, este pontífice no correspondió á sus quejas más que encarcelando al obispo y al fraile que le habian diputado.

**Visperas sicilianas.**—A este tiempo nuevos ultrajes determinaron al ímpetu popular á anticiparse á los cálculos ambiciosos de los reyes, y á las intrigas de los barones. Efectivamente, el tercer día de Pascua del año 1282, en el momento en que los palermitanos se reunian para visperas en la iglesia del Espíritu Santo, un soldado francés llamado Drouet, insultó á una doncella, cuyos padres lavaron la afrenta en su sangre, y su muerte vino á ser la señal de una matanza general en la isla entera.

El pueblo, que nada sabia de las tramas del rey de Aragon, habituado á asociar las ideas de Iglesia y de libertad, resolvió erigirse en república bajo la proteccion del papa y enarboló su bandera. Pero Martin V concibió por ello un furor estremado; y cuando otros frailes llegaron de Palermo á entonarle: *Agnus Dei qui tollis peccata, miserere nobis*, les respondió igualmente con el Evangelio; *Dicebant: Ave, rex Judeorum, et dabant ei alapam*. Intimó en seguida «á las gentes pérfidas y crueles de la isla de Sicilia, violadores de la paz y asesinos de los cristianos» que obedecieran al papa, del mismo modo que á Cárlos, como á su señor legítimo; pues de lo contrario, «les declaraba escomulgados y en entredicho, segun derecho divino.»

**Pedro de Aragon.**—Perfectamente sabe hacer el pueblo revoluciones, si bien es inhábil para conducirlas. En aquellas graves circunstancias empujaron los barones las riendas del gobierno; entonces se declararon los parciales del rey de Aragon y le invitaron á que fuese á ponerse á su cabeza (1282). En su consecuencia, Pedro desembarcó en Palermo, donde se ciñó la corona de los reyes normandos.

Cárlos, que tenia un fuerte ejército y provisiones dispuestas para la ejecucion de sus ambiciosos designios en la Grecia, hubiera podido someter fácilmente á una provincia sin tesoro, ni arsenales, ni capitanes; hasta los sicilianos ya desalentados se brindaron á prometerle lealtad y obediencia, con tal de que se contentara con percibir lo que pagaban al rey Guillermo y no diera empleos á franceses ni á provenzales; pero se negó á recibirlos en su gracia. Reunieron, pues, cuanto les fué posible de hombres y dinero; y un odio profundo, el temor de los castigos, el ardor de una venganza nacional, les hicieron capaces de resistir y de vencer. Roger de Lauria, calabrés rebelde, que unia á un valor intrépido tanta fortuna como ferocidad, fué nombrado almirante de Aragon, y sorprendió á las tropas de Cárlos delante de Mesina, que se defendia con un valor obstinado, y le quemó su escudera. Al saber Cárlos este desastre, exclamó mordiéndolo su cetro: «Señor Dios, mucho me habeis elevado, haced que no sea demasiado rápido el descenso.»

Habiendo sido contrariado este primer furor de

venganza por el heroísmo de Mesina, Cárlos, á fin de ganar tiempo, acusó á Pedro de traicion y le retó á combate con cien ginetes, á condicion de que el que sucumbiera perderia no solamente todo derecho á la Sicilia, sino tambien su patrimonio, y quedaria como mentidor de fe y traidor. Aceptó el de Aragon, jurando sobre el Evangelio, y á pesar de la oposicion del papa, el rey de Inglaterra concedió campo á los dos adversarios en Burdeos. Allí acudió Cárlos; pero el aragonés halló preteustos para no jugar á una estocada un hermoso reino ya adquirido. Entonces su rival le trató en alta voz de felonía. El papa le declaró escomulgado, perjuró, destituido del trono de sus abuelos y de toda honra; pero Pedro se hizo titular por broma, Pedro de Aragon, caballero padre de dos reyes y señor del mar. Por lo demás siguió peleando tanto en las costas de Italia como en las de España, y le fué propicia la fortuna hasta el punto de hacer prisionero al hijo de su enemigo. Terrible golpe fué éste para Cárlos, quien, desconsolado á causa de sus derrotas y del levantamiento de Nápoles, terminó sus días después de haber «mandado ahorcar á más de ciento cincuenta napolitanos y perdonado á la ciudad.» (5)

En esto murió el papa Martin IV, y Honorio IV, que le sucedió, favoreció la guerra contra la Sicilia; pero al mismo tiempo promulgó dos decretos favorabilísimos á la libertad del reino. Por el uno consolidó los privilegios eclesiásticos; por el otro atribuía la rebelion de la Sicilia á los vejámenes é injusticias del gobierno; prohibia despojar á los naufragos, estendia el derecho de heredar feudos á los hermanos y á sus descendientes; limitaba el servicio militar á las guerras en los límites del territorio, y prohibia levantar impuestos fuera de cuatro casos feudales. Permitia á los concejos la apelacion á la Santa Sede, queriendo que si el rey llegaba á violar sus franquicias, quedara en entredicho su potestad. Esto no impidió que los reyes que se sucedieron, dejaran caer pronto aquellas franquicias en olvido.

**Cárlos II.**—Se queria sacrificar á Cárlos el Cojo, como se llamaba al hijo del rey difunto, en espacion de la sangre de Manfredo y de Conradino; pero fué salvado por Constanza, reconocido rey y vuelto á la libertad, á condicion de que si no podia cumplir las estipulaciones del tratado intervenido, perderia la Provenza y volveria á constituirse prisionero. A fin de ganarse el afecto de los napolitanos, Cárlos les dió una constitucion, por la cual aseguró al clero sus privilegios, á los barones y á los caballeros el derecho de levantar impuestos y de ejercer la jurisdiccion; y prometió al pueblo no gravarle en más de lo que pagaba á Guillermo el Bueno; se ocupó además de monedas, de la justicia y de la reforma de los abusos. Luego, como no se vió en estado de cumplir todo

(5) JUAN VILLANI, VII, 93.